

cipal, no dejó de extrañarme ver desiertos aquellos salones, donde admiraba la profusión de notables cuadros antiguos y de bronce soberbios.

No se oía música, ni el ruido característico de esas reuniones numerosas; los criados, con lujosas libreas, mudos y fijos, me habrían parecido estatuas á no ser por la reverente inclinación de cabeza con que me saludaban.

Recorrí, sin encontrar más gente, seis ú ocho habitaciones, en que me detenía por instinto contemplando los muebles riquísimos, las lámparas de cristal veneciano, las porcelanas, los tapices, todo, en fin, artístico y suntuoso, digno de una morada regia.

Por fin, más sorprendido cada vez de aquel silencio y aquella soledad, impropios de una fiesta, pregunté á un criado.

— Toda la gente está ahora en el salón grande, — me dijo. — Siga el señor por ahí hasta el final de la galería.

Cuando llegué al sitio indicado ví en el fondo un grupo de caballeros que, de espaldas á mí, como si presenciaran algo muy interesante, cerraba por completo el hueco de una gran puerta, avanzando hacia el interior sus cabezas casi apiñadas.

— Entonces me quedé mudo por el espanto: un estremecimiento agitó mi cuerpo, y sentí frío mortal, que paralizaba mi sangre.

En medio de aquel silencio solemne oí dos voces que me aterraron: aquellas dos de la fonda de Rotterdam, las mismas; pero más fuertes, más violentas, sin recatarse ya de que las oyesen. Y repetían como entonces:

— ¡Infame! ¡Traidora!

— ¡Por Dios! Escucha

— ¡No, y mil veces no!

— ¡Favor! ¡Socorro!

Y el mismo horrible estertor seco, y aquel grito de espantosa agonía, y, como en la fonda, en el mismo instante creyéndome presa de un delirio, caí desplomado sobre el suelo.

Rodeado por la concurrencia, á la cual había sorprendido mi accidente, recobré el sentido á los pocos momentos, y supe que los Condes de Falerno habían querido obsequiar á la aristocrática sociedad florentina con aquella representación de un drama interpretado por el famoso trágico Salvini, que al día siguiente debía comenzar su temporada en el teatro de la ciudad.

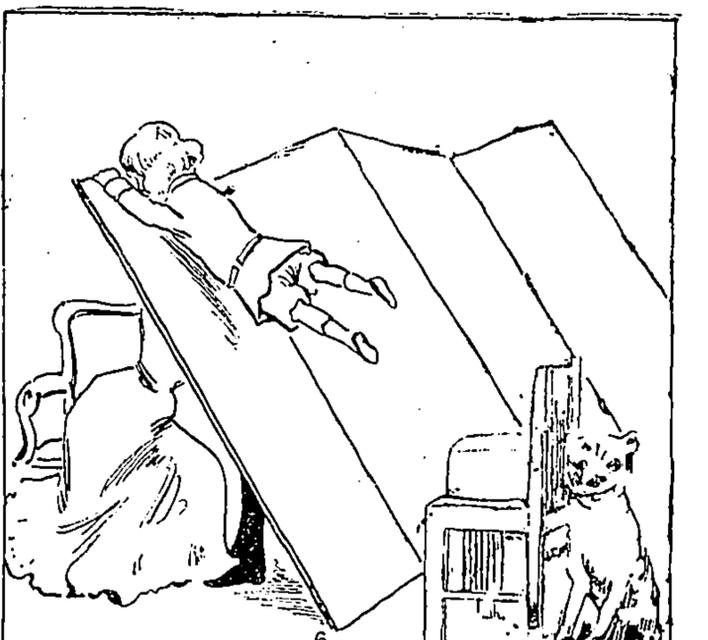
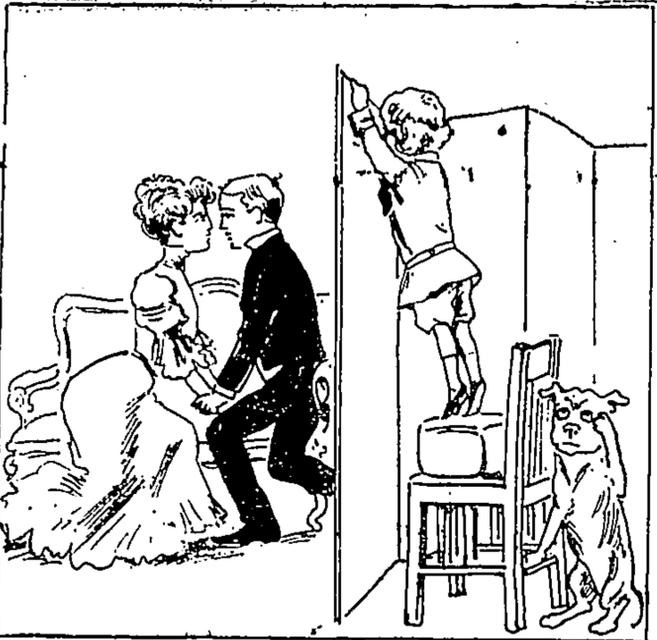
MIGUEL RAMOS CARRION.

EL NIÑO Y SU PERRO TIGE.



— Tige, ese caballero es millonario y yo necesito dinero.

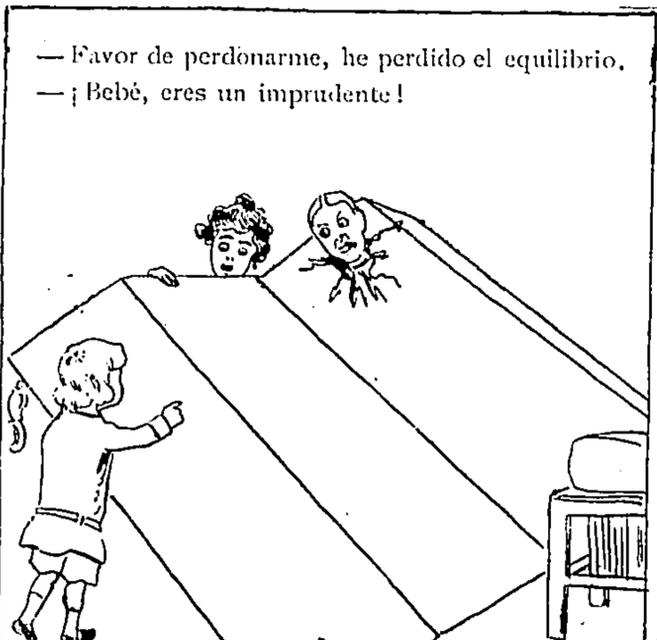
— Buenos días, lindísima Fanny.



— Fanny querida, ¿te casarás conmigo?
— Sí.

¡Oh! Gratisima emoción.

— ¡Cuidado! he perdido el equilibrio, Fanny.



— Favor de perdonarme, he perdido el equilibrio.
— ¡Bebé, eres un imprudente!

— Oye, Bebé, aquí están cinco pesos, no digas ni una palabra.
— ¡No! ¿soy acaso tan malo y tan bajo que mi amistad se venda? ¡Atrás, atrás!

El negocio ha salido ma'o, pero la dignidad se impuso, querido Tige.